

Justo Serna – Anaclet Pons

Los triunfos del burgués

Estampas valencianas del Ochocientos

th

TIRANT HUMANIDADES

Valencia, 2012

ÍNDICE

Introducción. El juego del burgués	9
Estampas regionales.....	21
Grandes distancias	37
Querellas provinciales	53
Los nuevos vecinos	77
Las llaves de la ciudad	99
A su servicio	117
La ciudad extensa	135
Destinos familiares	153
La morada inerme	175
En buena compañía	195
Dignos de crédito.....	213
Últimas propiedades.....	233
Epílogo. Impresiones valencianas.....	251
Referencias.....	263

El juego del burgués

1. Con este volumen queremos enseñar un mundo o, mejor, un pedazo del mundo burgués, de esa forma de vida y de civilización que triunfa en la Europa del Ochocientos: queremos mostrar la sociedad valenciana del siglo XIX. Queremos, en fin, presentar a personajes reales, a individuos que residieron, que comerciaron, que prosperaron en esas tierras y en aquel tiempo. No es teatro ni ficción novelesca. Es investigación histórica y síntesis de conocimientos documentados: una operación que nos permite examinar a gente ya desaparecida, a nuestros antecesores.

Podríamos decirlo parafraseando a Stephen Greenblatt: lo primero fue nuestro deseo de hablar con los muertos. “Este deseo es un móvil habitual, no siempre confesado”, insistía Greenblatt.

“Nunca creí que los muertos pudieran oírme, y sabía muy bien que no podían hablar, pero estaba seguro de que podría recrear una conversación con ellos. Ni siquiera renuncié a este deseo cuando comprendí que por más que me esforzara en escuchar lo único que alcanzaría a oír sería mi propia voz. Pero mi propia voz es la de los muertos, ya que han dejado huellas textuales que se oyen en las voces de los vivos”.

“La mayoría de esas huellas tienen escasa resonancia”, admitía Greenblatt, aunque todas contengan “algún fragmento de vida perdida”. Es ese fragmento, en efecto, lo que nos proponemos recrear de aquel mundo burgués europeo y valenciano. Son sus caminos, sus puertos, sus ferrocarriles, sus comercios, sus calles, sus paseos, sus vivos y sus muertos los que se asoman a estas páginas. Pero no los rescatamos para instrucción de nuestros convecinos, ni para solaz de los naturales. O al menos no sólo con esa intención. En realidad, narramos la vida de gente remota, de burgueses muertos en un siglo que no es el nuestro y en unas ciudades que tampoco son exactamente las que ahora habitamos. De ellos nos separa el pasado. Esos mismos individuos y ciudades, con sus costumbres y sus formas de relación, no son las nuestras, pues sus actos no son equivalentes a los que hoy emprendemos. Hablamos de un tiempo alejado: un pasado extraño y distante que, en principio, no nos concierne. Por eso, hemos de recuperar y recrear esa vida, esas vidas, lo que tienen de concreto y lo que tienen de general, de manera eficaz, con sentido y con un relato convincente.

Nos dirigimos a lectores variados que no necesariamente tienen interés en estas materias ni conocimiento de esta época. Este volumen no convoca sólo a los valencianos, sino a todos aquellos que quieran curiosear en el mundo burgués del que procedemos. El pasado no es exactamente el espejo en el que hallar nuestra imagen nítida y evidente. ¿O sí? De serlo, entonces ese espejo sólo reflejaría algo borroso, fracturado, una superficie en la que con suerte podríamos distinguir ciertas figuras, algunos perfiles apenas intuidos que deberíamos reconstruir. ¿A quiénes corresponden esos reflejos? Tienen algo de nosotros, sin duda, pero esas

imágenes no son nuestro calco: son un juego de espejos cuyo resultado desconocemos.

Insistamos. Lo que contamos ocurre en tierras valencianas y ése es el lugar de los hechos. Los actos humanos no son abstractos, ni se realizan en un lugar indefinido: siempre los emprenden personas que residen en espacios particulares, personas que dejan huella. Esos rastros nos permiten la reconstrucción y la recreación de los burgueses de antaño, de esa Valencia europea que forma parte de un Continente en cambio. Las ciudades son aglomeraciones humanas, lugares en donde se concentran vecinos para uso y disfrute de servicios comunes. Individuos y familias se reúnen, se comunican, se enfrentan o se protegen. Hay calles que conectan unas partes con otras, distintas vías que distribuyen a sus habitantes según zonas, más o menos caras, más o menos elegantes. Igual que hay espacios que segregan o marginan a quienes no cuentan. Las urbes contemporáneas separan según la renta y según los usos del suelo. Hay barrios populares y hay barrios distinguidos: en ellos hallamos todo tipo de residencias, los hogares elegantes que ocupan un edificio entero, las cómodas viviendas distribuidas por pisos o las casas menesterosas, donde el hacinamiento asfixia. Es un mundo local y a la vez extenso, abierto a las influencias de extraños, de foráneos.

2. Pero decimos burgués y todavía no hemos precisado a qué nos estamos refiriendo. En principio, esa palabra —que podemos hallar en distintas lenguas— designa a quien habitaba en el burgo, el asentamiento medieval. Y el burgo estaba constituido por lugares o villorrios reunidos hasta formar un dominio más vasto, la urbe. Y la urbe es un lugar con casas, con calles, con espacios públicos y privados, un ámbito de relación y de preservación de lo íntimo. Las ciudades crecen por agregación y por destrucción: poco a poco se van levantando nuevos hogares y nuevos barrios que se adjuntan, que se suman a los anteriores, o que reemplazan a los antiguos. Allí conviven gentes diversas, se juntan vecinos, individuos y familias se cruzan, se tratan o se evitan.

Quien allí reside es un burgués, al menos en su sentido etimológico, y la civilización a que da lugar es la Europa propiamente burguesa, la Europa moderna de las ciudades y de los mercados, de la industria y del tráfico: un dominio local, protegido incluso con murallas, y a la vez abierto, conectado con otras urbes desde las que llegan tipos desconocidos y noticias más o menos inauditas. Es un tiempo largo, el de la Europa moderna; son varios siglos de expansión, entre el Quinientos y el Ochocientos. En ese mundo de ciudades hay una clase particular de vecinos dedicados a la fabricación y al mercadeo. Son esos burgueses, esas gentes laboriosas y productivas. Algunos abren talleres para establecer manufacturas. Allí producen bienes que cubren necesidades materiales: por ejemplo, los textiles o la cerrajería, los muebles y las baldosas o el vino. Otros simplemente comercian en el mercado local con los excedentes de los primeros o con las elaboraciones que les llegan de fuera, de otros mercados: por ejemplo, viandas o sombreros, coches y perfumes.

El burgués que prospera es un negociante y es un hombre de mundo, alguien que comercia: con vista, con prudencia, con morigeración. Ha de incrementar sus beneficios luchando contra rivales que tienen los mismos objetivos. ¿De qué recursos se valdrá? De la información y de las economías que pueda hacer, de la baratura de sus elaboraciones o de la distinción de sus géneros. Incluso ha de salir de la urbe emprendiendo viajes para obtener suministros o para colocar mejor sus mercancías, esas con las que abastecer a sus clientes. Ha de aumentar el número de los socios, esos fabricantes y comerciantes que le proporcionan los productos de su catálogo. Y el catálogo es su razón social y su prestigio, el crédito que los restantes le dispensan. Entre los burgueses hay unos que prosperan y hay otros que se arruinan: unos que se enriquecen y otros que ven menguar sus caudales hasta la quiebra. El riesgo es su estado habitual, condición corriente de quienes han de enfrentarse a competidores avispados y han de satisfacer todo tipo de impuestos con que los gravan en esta o en aquella ciudad.

El Ochocientos, etapa de liberalismo y de industrialización, fue el momento de la mejora burguesa, el siglo de su mayor prestigio. Es el XIX, con las revoluciones liberales y con la expansión de las manufacturas, el que mejora las condiciones del burgués, su bonanza. Pero aumenta igualmente los apuros de una competición creciente: la creación un mercado nacional que favoreciera el tránsito de mercancías fue una experiencia prometedora para quienes sabían aventurarse y fue una circunstancia arriesgada para quienes se conformaban con el pequeño obrador o con la modesta tienda de vara. Una gran transformación técnica acompañó a estos cambios, y las máquinas, con sus engranajes y sus ruidos, fueron los prodigios de esa civilización. Karl Marx glosó estos avances con arrobo y con desdén, sabiendo que el crecimiento que tanto admiraba era a la vez destrucción material y explotación humana.

Hay que derribar todas las barreras que se opongan al progreso, se decían los esforzados patrones de ese Continente. La Europa burguesa, en pleno siglo XIX, era lo más parecido a una fábrica atronadora, con artefactos e ingenios, con chimeneas humeantes. Esa Europa, la de las ciudades populosas, se asemejaba a una feria multitudinaria, con mercaderes informados, siempre dispuestos a prosperar. Era también un territorio con incisiones constantes, con carreteras, con caminos, con raíles que lo surcaban por primera vez, lastimando un suelo secular, incluso milenario, pero progresando, es decir, acercando también los mercados, los tráfi-cos de aquella civilización.

Los burgueses rivalizan y a la vez crean un mundo que les es particular. Esto tiene un sentido propiamente mundano, como ya señalara Max Weber: se refiere a su capacidad de adaptación a circunstancias diversas y adversas; y alude también a la interpretación personal de sus triunfos materiales, pues el éxito confirma su destino. En el mejor de los casos son cosmopolitas, sabiendo estar en los lugares adecuados en los momentos oportunos. Van a su aire, buscando el lucro, pues al fin y al cabo actúan como agentes económicos que procuran aumentar sus utilidades. Los mejores son osados y valoran la intuición. Pero se conducen caute-